

10 DE NOVIEMBRE DE 1941

N.º 22

El Colegial

M. R.

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS JUEVES)

PRECIO
\$1.-



ACOSADOS POR LOS LOBOS



LA CHILLA O ZORRA CHICA

(CANIS AZARAE)

Una de las mayores plagas de nuestros campos es la Zorra; animal muy astuto, hábil y atrevido, asiduo visitante de gallineros y palomares. Su audacia es proverbial y sus pillerías son tantas que serían increíbles si no estuvieran plenamente confirmadas.

Las Zorras se diferencian de perros, lobos y chacales por el tamaño, en la pupila que es alargada, en las patas que son más cortas y en el hocico que es más puntiagudo.

Sus costumbres son también diferentes: nunca se reúnen en bandadas, ni busca el concurso de sus semejantes para realizar sus expediciones; marcha sola y es muy amante de su hogar doméstico, que establece en lu-

gares subterráneos, ya en una mina abandonada, ya en una madriguera de conejos a cuyos habitantes ha dado aposento en su vientre, cavándola por sí misma cuando no tiene otro remedio. Allí tiene depositados a sus hijos a los que consagra los más tiernos cuidados, sin abandonarlos hasta que se bastan a sí mismo.

La Zorra no desdén ciertos alimentos vegetales mostrándose golosísima de algunos como las uvas, los higos, las mazorcas del maíz y en general de todas las que contengan bastante cantidad de azúcar, llegando hasta el punto de ocasionar perjuicios considerables en los viñedos.

La Zorra exhala un olor característico, repugnante, fétido que impregna todo lo que la rodea, producido por una glándula que tiene en la raíz de la cola.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

APARECE LOS
JUEVES

Castilla 6562
—Correo 4.—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.00

SUSCRIPCIONES
EN CHILE:
Anual . . . \$ 50.—
Semestral . . . 25.—

AÑO I Director Proprietario: ELEODORO CARO C.
OF. DIEZ DE JULIO 1140.

N.º 33

NOV 19 1941 MI CHARLA DE HOY

Conozco a muchos amiguitos que siempre están quejándose contra su suerte. Nunca se muestran satisfechos de nada y suspiran, gritan o lloran, como si fueran los niños más infelices del mundo. Y la verdad es muy distinta. Yo conozco sus hogares, conozco a sus padres y no puede menos de sorprenderme tanta queja y amargura. Esos niños poseen unos padres muy buenos, tal vez demasiado buenos, por el cuidado de sus hijos va más allá de lo razonable dentro del amor paternal o materno. Esos niños viven en la regalía y son verdaderos pequeños tiranos dentro del hogar.

Por eso, acostumbrados a satisfacer todos sus caprichos, se llenan de amargura al menor contratiempo y muchos llegan hasta desear la muerte. Claro es que a estos niños les ocurre lo que al leñador de la fábula.

Aquel leñador llevaba una carga de leña y, como era viejo y trabajado, apenas podía con ella hasta el extremo de dejarse caer a la orilla del camino. Entonces, dolorido y amargado, empezó a llamar a la Muerte para que acabara con sus quebrantos. La Muerte se le apareció y le dijo; —¡Aquí estoy! ¿Para qué me quieres? El leñador aterrado movió sus labios temblorosos y replicó tartamudeando; —¡Señora... os llamé desesperado... pero...! —¡Pero qué? preguntó la Muerte con duro ceño. —Pero... quiero que me ayude a cargar este haz de leña solamente, replicó por fin el espantado leñador.

Así también los niños regalones que desean morir ante la menor contrariedad, en cuanto vieran el descarnado y espantoso rostro de la Muerte, correrían a refugiarse en los brazos del padre o de la madre y prometerían ser menos exigentes en las regalías de la vida. ¡Hasta el Jueves, amiguitos!



La Isla de los Cruzados



de no fracasar en su cometido Popovich; es preciso que me traiga usted esos sellos, y a su regreso tráigase a M-6 consigo. Quiero grabar algunas cosas en su mente mientras conserve la vida. ¿Comprende?

—Sí, señor, contestó Popovich.

Zboyan volvió a fijar su mirada en el escritorio y no contestó ni hizo el menor caso del saludo de Popovich.

Media hora más tarde, un diminuto monoplano, que apenas era algo más que un motor con alas, salió de Rodas, rumbo al Sur, Pietro Popovich que lo conducía, maldecía a Bill Barnes y al agente M-6, que dejó escapar al primero. Sabía perfectamente que la seguridad de su vida dependía del éxito en la empresa en que había fracasado ya M-6.

Bill Barnes y sus hombres descubrieron por la tarde Port Sudán. Describiendo un círculo por la ciudad, regresaron al puerto y empezaron el descenso, acercándose a la orilla.

Poco después se acercó al transporte, una lancha oficial, tripulada por un funcionario del puerto, que informó a Bill que tenía órdenes de ayudarle en todo lo posible.

RECUERDE: El aviador Bill Barnes fué contratado por el Emperador de Jogram, para adiestrar a sus pilotos y que Sandy fué hecho prisionero por Elliot, con el fin de obtener un sello de la India. Bill lucha hasta rescatar a Sandy causando la muerte de Elliot. Luego en un viaje por el desierto Líbico, se traban en lucha con nueve aviones enemigos; después de una lucha encarnizada, obtiene una brillante victoria. La escuadrilla de aviones de Barnes, se dirige luego rumbo a Port Sudán. Mientras tanto Zboyan en la isla de Rodas, lee airado el radiograma en que le anuncia la derrota de sus hombres.

—Pues al parecer no ha sido bastante, contestó Zboyan con tono burlón. Ha derribado once aparatos y puesto en fuga a los demás, cual si fuesen perritos asustados. Ahora Popovich, sepa usted que Barnes sigue siendo dueño de esos sellos. Si pudiese saber el secreto que contienen, se frustrarían todos nuestros planes. Zboyan se puso más furioso al pronunciar sus últimas palabras. ¡Vaya usted mismo a Mitsarra. ¡Tome cincuenta aparatos, cien si quiere, pero derribe a ese Barnes. ¿Acaso es un super-hombre que no pueden ustedes con él? Pero cuide

—Voy a dejar parte de mi tripulación en el transporte, dijo Bill. Los demás irán a tierra y relevarán más tarde a los que ahora se quedan de guardia. Le agradecería mucho que hiciera montar una guardia a sus hombres embarcados en una lancha. —

—Cuidaremos de todo eso, señor, le contestó el oficial británico. Estoy a su disposición.

Media hora más tarde, Bill y sus hombres estaban albergados en el mejor hotel de Port Sudán. Red Gleason y Shorty Hassfurth, estaban embromando al joven Sandy, asegurándole no creer que hubiese sido hecho prisionero, y que la historia verdadera es que se había peleado con otro muchacho de menos años que él. Sandy soportó las bromas todo lo que pudo, pero al fin se puso de pie con el rostro rojo de cólera.

—¡Escuchadme, exclamó. Si queréis cogeré a uno de vosotros a solas y le pondré las orejas encarnadas; luego haré lo mismo con el otro. Os lo aseguro.

—¡A callar! gritó Bill, mientras iba a la puerta a recibir una carta que le tendía un mozo.

Despidió al muchacho y abrió el sobre que tenía la siguiente inscripción: "SERVICIO DE SU MAJESTAD"

Leyó un billete y dió un gemido.

—El individuo que nos visitó quiere que cene con él, dijo. Asegura que ha de tratar algunas cosas conmigo

—Ya conozco esos ingleses, repitió Shorty. Te dirá que tomes un paraguas, sus chanclos de caucho y un baño portátil para ir a Jogam con él.

—Y querrá saber si has comido

alguna vez ballena, tiburón y rosbif en la misma Inglaterra, añadió Red.

Bill les dirigió una mirada de enojo, consultó su reloj y salió. La hora de la cena estaba señalada para las ocho, se vistió rápidamente, advirtió a sus hombres que estaría de vuelta a hora temprana, y abandonó la estancia.

Atravesó el vestíbulo del hotel, y llamó un taxi.

—Deseo ir... pero antes vámonos al muelle; quiero echar un vistazo a mis aviones, dijo al conductor.

En el muelle, Bill pudo ver sus cinco aparatos que se mecían suavemente sobre sus áncoras. En el borde del muelle dijo al conductor que se detuviera un instante; se bajó del taxi y avanzó hacia la orilla para contemplar sus aviones que se destacaban sobre el cielo cada vez más negro.

Volvióse y se encaminó hacia el taxi. Cuando se disponía a subir, dióse cuenta de que ocurría algo raro. Aquel no era su coche ni el mismo conductor, e interrogó a éste último.

—Me detuvo el otro chofer cuando yo pasaba, dijo el interpelado. Díjome que tenía otro viaje que hacer, del que no se había acordado y me rogó substituirlo.

Bill se dió por contento y subió al taxi. Cuando ya el motor se había puesto en marcha, comprendió su equivocación, pero ya no tenía remedio. Habían dos hombres en el interior del automóvil y cada uno le apuntaba con una automática.

—Muy bien, Barnes, dijo uno de ellos, alto, delgado, de agudo rostro y de pequeños ojos. Entre.

—Siéntese en el centro, le re-



Bien, Barnes, siéntese en el centro, dijo uno de ellos y no grite, apuntando con una automática.

comendó el otro y procure no gritar porque en cuanto abra la boca, ya no volverá a hacerlo en esta vida.

Cada uno de ellos le hundió en las costillas la boca de su pistola. Bill trató de descubrir los rostros de aquellos hombres pero, no pudo conseguirlo, debido a que estaban sentados muy atrás.

Por un momento examinó la posibilidad de dar un puñetazo a cada uno, pero pronto comprendió que eso equivaldría a firmar su propia sentencia de muerte. Lo tenían bien cogido y él no podía hacer nada. De haber estado al aire libre con los dos, la cosa habría sido muy distinta.

El conductor del taxi embragó y avanzó lentamente por entre los indígenas que llenaban la calle. Sin que se lo dijeran, parecía saber a donde debía ir.

—Nos habían dicho, exclamó con voz burlona, el más alto de los dos, que era usted un hombre muy listo y casi no teníamos esperanza de que aceptase nuestra invitación con

tanta facilidad.

—Ya ven ustedes que nó es así, contestó Bill de mala gana. Y ahora, ¿qué se proponen? ¿Retenerme y hacer pagar un rescate?

—Cuando hayamos acabado con usted, Barnes, nadie pagaría gran cosa por lo que quede, dijo el individuo de grueso rostro y cejas espesas. Vamos a enseñarle un par de trucos.

El automóvil había pasado por los alrededores de la ciudad y corría a lo largo de una carretera que bordeaba el mar, deteniéndose luego en una casa de piedra enjalbegada.

—Hemos llegado, Barnes, dijo el individuo flaco, aunque sin iniciar ningún movimiento para bajarse. Antes de bajar a tierra, quiero advertirle por última vez, que no intente cosa alguna. Según mis noticias, es usted hombre duro y valeroso; pues bien, somos más duros todavía y tenemos una gran ventaja, ¿comprende?

(Continuará)

Vergel INFANTIL



MI OFRENDA

Recibe Primavera esta sencilla ofrenda,
Tú que llegas vestida de ilusión y rosa,
que vuelen mis palabras cual bellas mariposas
Y te salgan al encuentro en tu florida senda...

En estos días tristes yo siento tu alegría
Cantando el pajarillo en el árbol florido,
El sol y las flores son una sinfonia
Formando en el campo el más bello colorido...

Te siento que has llegado a mi jardín
Con tu corte de jilgueros y zorzales,
Entonando sus gorjeos sin fin
Alegrando enredaderas y rosales.

Ya no es triste mi verso, Primavera hermosa,
has llegado a alegrar el vergel de mi pluma,
con tu figura suave de niña primorosa
la tristeza huye y el dolor se esfuma...

Miguel Espinoza
Valparaíso

ENSONACION

Mirar posando una mirada triste
sobre la tierra carente de ternuras.
Tener la frente enferma de recuerdos
y una silueta en las pupilas húmedas.

Llevar versos y versos entre los labios
y un rosado paisaje ante la vista.
Dejar correr los ojos tras las aves
y por fin descansar bajo una encina.

Cantar un canto con ribetes grises:
aleteos risueños de una estrella.
Sufrir ante el recuerdo de la amada
que sólo dejó un beso y una pena.

Colocar entre la pauta de las nubes
la música extraviada del estero;
llevar versos y versos entre los labios
y las pupilas puestas en el cielo.

Portar los himnos de una sola nota
y una promesa de amor dentro del pecho.

Ricardo von Thaubil.
Curicó

ATARDECER

El entristecido rancho palidece,
sobre él ha bajado la cálida noche.
Forma la hermosa estrella el broche,
que en la suavidad del céfiro florece.

El labrador vuelve de duras faenas
al calor de su humilde y dulce hogar:
para ver por lo que sufre tantas penas,
y besar a la que siempre supo amar.

Y cuando junto a la oscilante llama,
piensa... y sufre por la miseria y dolor...
¡A Dios ruega y en su favor lo llama,
para que ampare a los hijos de su amor.

Y vuelve de nuevo al campo al otro día:
y corta la dorada espiga, risueño...
porque ve, como entre dulce sueño
a sus bellos hijos llenos de alegría.

Erico de Nievestiens

EL PALADIN

RECUERDE: El conde de Valleombroso ha decidido despojar a su sobrina Rosmunda de la enorme fortuna que posee la buérfana. Un amigo de la infancia, Giles de Crucia, un compañero de éste, Eudio, el Paladín Trovador y el escudero Laqgenar, tratan de salvar a Rosmunda. Pero son perseguidos por los esbirros del conde y, refugiados en lo alto de una roca, resisten el ataque de los guardias. Giles está a punto de caer pero lo sostiene el potente brazo del Paladín Trovador.

CAPITULO XXXII



1. Después de haber salvado a su amigo, Eudio empezó a repartir terribles mandobles con su espada para hacer retroceder a los asaltantes. En efecto, los guardias del conde de Valleombroso retrocedieron, pero no para desistir del ataque, sino para hacer uso de sus flechas.

2. Una verdadera lluvia de flechas, tan espesa como la lluvia que caía a torrentes del cielo, cruzó el espacio en dirección de la roca donde estaban los tres amigos. Eudio se inclinó y tomando uno de los muertos que estaban en el suelo, se cubrió con él. Sus amigos lo imitaron.



3. Pero la defensa no podía durar mucho tiempo; al fin y al cabo los tres incansables defensores deberían sucumbir ante la fuerza del número. Escudados con los cuerpos muertos, no podían manejar sus armas y los asaltantes empezaron a escalar las rocas. Pero en ese instante...



4. Ocurrió un suceso imprevisto. Desde lo alto de las rocas de la orilla derecha se precipitó un torrente incontenible y avasallador. —¡El río, el río se ha desbordado! gritaban los esbirros tratando de ponerse a salvo. Giles se arrojó para dar gracias a Dios misericordioso.

TROVADOR



5. El terrible torrente se llevó por delante a los esbirros envueltos en sus aguas turbulentas, mientras desde lo alto de su roca los tres amigos contemplaban la espantosa escena, temiendo que también el agua subiera hasta alcanzarlos a ellos. Pero no fué así. Pronto cesó la lluvia y al cabo de media hora el agua empezó a descender hasta despejar el terreno.



6. Eudio y sus compañeros bajaron entonces de la roca y discutieron sobre lo que debían hacer ahora. Giles quería volver al momento a Palermo para salvar a Rosmunda; el conde estaría descuidado creyendo que los fugitivos habían muerto. Pero Eudio lo disuadió y aconsejó que esperaran hasta el día siguiente. Mientras tanto, seguirían ocultos en la montaña.



7. En efecto, pasaron todo el día en la montaña y durmieron esa noche en una caverna. Al día siguiente convinieron en ir a la ciudad, pues juzgaban que ya el peligro de ser detenidos había pasado. —Iremos a una posada del camino antes de entrar en la ciudad, dijo Eudio, y allí podremos adquirir unas ropas que nos hagan menos sospechosos. Lo demás será fácil.

8. Aprobado el plan del Paladín Trovador, los tres compañeros se pusieron en camino hasta que llegaron a una posada donde se hospedaron y mediante algunas monedas de oro que Giles conservaba en su poder, pudieron adquirir unos trajes de ciudadanos sicilianos. Dos horas más tarde, de uno en uno atravesaron la puerta de la ciudad, sin despertar sospechas.

(Continuará)

EL

Caballero del Espacio



RECUERDE: El príncipe Clodio, hijo del rey de España, prueba un caballo de madera que el rey de las Indias ha regalado a su padre. El joven llega a un lejano país, remontándose por los aires y aterriza sobre una terraza. Baja por una escalera y se encuentra con una princesa de radiante hermosura quién lo toma por su prometido a quien no conoce todavía. Pero luego se descubre que Clodio es un impostor y es condenado a muerte. Pero el joven consigue salvarse en su caballo de madera y vuelve a su patria donde cuenta su increíble aventura. Más tarde regresa a buscar a la princesa del país lejano para hacerla su esposa. Clarmondina se va con el príncipe.

CAPITULO VI

Las mujeres, especialmente, encontraban que el crimen de que se acusaba al joven no era tanto como para ser castigado con aquella muerte ignominiosa y lloraban en silencio. El propio rey Leogar, que en realidad no sabía muy bien lo que había ocurrido, no sabía qué actitud adoptar.

Cuanto a la princesa Clarmondina, era un mar de llanto y en su corazón rogaba fervorosamente que el joven no hubiese mentado y que en

realidad el caballo de madera pudiera volar por los aires para salvarlo de la muerte.

—¡Uno, dijo Clodio.

El verdugo tomó el hacha.

—¡Dos! continuó el príncipe.

El verdugo se acercó. Clodio se inclinó entonces sobre el cuello del caballo como para entregar su cabeza al hacha del verdugo. Sólo faltaba que el joven dijera ¡tres! y el fatal instrumento de justicia troncharía para siempre la existencia del heredero del trono de España.

Pero Clodio no se había inclinado sobre el cuello de su caballo de madera para pronunciar el fatídico ¡tres! sino para hacer funcionar la clavija de acero que el caballo tenía en la frente. Entonces levantó la cabeza y exclamó con voz estentórea que todo el mundo pudo oír perfectamente:

—¡Rey Karma, nobles señores, bella Clarmondina, reina de belleza a quien hubiese querido hacer mi reina, os digo que la muerte no me espanta y ahora menos que nunca, porque la desafío por el amor de la más bella princesa de la tierra. Y

como no temo a la muerte, ya no podré morir.

Diciendo estas palabras hizo funcionar la clavija y el caballo se remontó por los aires dejando atónitos a todos los que asistían al extraño espectáculo. Pero Clodio no se alejó inmediatamente, sino que planeando por encima de las cabezas de los circunstantes, dijo en voz alta:

—¡Bella Clarmondina, te juro que volveré a buscarte para hacerte mi esposa!

En seguida, el caballo maravilloso se perdió con su jinete en las profundidades del cielo azul...

El caballo había desaparecido en las profundidades del cielo, llevando sobre sus lomos al príncipe y a la princesa. Toda la noche caminó a través del espacio. Clodio había aprendido a orientarse por las estrellas y el cielo estaba resplandeciente de miríadas de fulgores. Nunca había sido más bella una noche de Oriente.

Al llegar a España, Clodio descendió en el palacete de campo donde ya una vez había ocultado el caballo de madera. Quería que la princesa tomase un poco de descanso antes de presentarse en palacio. Además, Clodio quería adelantarse a ir a la Corte para prevenir a sus padres y preparar un recibimiento digno de la alta princesa Clarmondina.

¿Qué había sido, mientras tanto, de Indar? Cuando Clodio había vuelto la primera vez, Indar había sido libertado de su prisión. Al salir de la prisión, Indar fué inducido con modos muy corteses pero terminantes, a abandonar la corte del rey de España. Una vez fuera de palacio, Indar no sabía a dónde

ir, porque el pícaro rey de la India no había dicho toda la verdad. Era, es cierto, rey de la India, pero había sido destronado por causa de su tiranía e injusticias monstruosas. Los príncipes y grandes señores de la India habían acordado alejarlo del trono por espacio de siete años.

Cuando Indar supo que Clodio, la primera vez, había vuelto al palacio sin el caballo de madera, sintió gran inquietud. ¿Dónde había dejado el caballo el joven príncipe? Dispuesto a saberlo, Indar resolvió no alejarse de la Corte de España. Se disfrazó de médico indio, fabricó algunas drogas con plantas y raíces, frecuentó las ferias y mercados, sin perder de vista todo lo que ocurría en palacio. Particularmente vigilaba las idas y venidas del príncipe Clodio, con la esperanza de hallar el caballo de madera. De este modo, el pícaro rey de la India había logrado descubrir el palacete de campo donde Clodio había ocultado el caballo de madera. Pero cuando lo descubrió, era demasiado tarde, pues Clodio había vuelto a montar en el caballo maravilloso y se había remontado por los aires para ir en busca de la princesa Clarmondina.

Ahora, cuando el príncipe regresó trayendo a la grupa a la bella princesa, el rey Indar estaba al acecho y vió descender el caballo en el jardín del palacete. Todo lo había visto Indar oculto entre unos espesos matorrales.

Poco más tarde, vió que Clodio salía del palacete montado en un caballo de carne y hueso. Iba a avisar a sus padres y cometió la imprudencia de dejar sola a la princesa. Completamenté sola no, por



Clarmondina llena de alegría reconoce al príncipe.

cierto. En el palacete había viejos servidores y a todos les recomendó que cuidaran mucho a Clarmondina y satisficieran sus menores deseos.

Apenas Clodio desapareció a lo lejos en la vuelta del camino, el rey Indar pensó que por fin había llegado la ocasión esperada con tantas ansias y desvelos para recobrar su caballo.

Nada sabía de las aventuras ocurridas a Clodio en el país lejano e ignoraba quién pudiera ser la joven que había traído a la grupa del caballo de madera. Pero había visto que era una niña de maravillosa hermosura y, desde ese instante, una tentación diabólica entró en su alma negra: resolvió robar a la princesa valiéndose del caballo de madera. La llevaría a un país de Oriente y allí se casaría con ella. La joven, sola y desvalida en un país desconocido, se vería obligada a aceptarlo por esposo.

La princesa Clarmondina aguardaba con impaciencia dentro del palacete la vuelta de su prometido. Para entretener el tiempo se puso a cantar algunas canciones. Y, mientras cantaba, el rey fué a llamar a la puerta del palacete. Dos sirvientes acudieron a abrir. La voz pura y armoniosa de la princesa se elevaba dulcemente y llenaba el pequeño palacio con sus melodiosas vibraciones.

Los fieles sirvientes abrieron sin sospechar la menor traición. Indar dijo que traía un mensaje del príncipe Clodio para la princesa. En el acto fué conducido a presencia de Clarmondina. Cuando se halló frente a la hermosa joven, Indar le dijo inclinándose respetuosamente:

—Princesa, vengo a deciros de parte del príncipe Clodio que, no pudiendo venir él en persona, pues ha sido retenido allá por sus padres, os ruega vengáis conmigo pa-

ra conducirnos a palacio en el caballo que... vos sabéis.

—Pero, ¿por qué os mandó a vos?

—Porque soy el único que sabe el manejo de ese caballo, como lo veréis en seguida.

Al oír estas palabras Clarmondina no dudó por un momento que ese mensajero que conocía el secreto del caballo maravilloso fuese un fiel servidor del príncipe. Lo condujo, pues, al jardín y le mostró el sitio donde Clodio había ocultado el caballo de madera.

Indar lo sacó al centro del jardín y luego, volviéndose con mucho respeto hacia la princesa, puso sus manos a manera de estribos para que la princesa subiera a la grupa:

—Permitidme la honra de ayudaros a subir, princesa, dijo el pícaro rey.

Clarmondina puso un pie en aquel estribo improvisado y sin recelo alguno subió a la grupa del ca-

ballo. En seguida Indar montó en la silla y se inclinó sobre el cuello para hacer girar la clavija de ascensión. En ese instante, uno de los guantes de la princesa resbaló sin que ella se diese cuenta y quedó en medio del jardín.

El caballo se remontó en el espacio. Indar, en vez de tomar la dirección de la ciudad y del palacio, tomó la dirección opuesta. Un poco sorprendida, la princesa observó:

—Clodio dijo que la ciudad y el palacio estaban en esa dirección.

Y al decir esto, la princesa indicaba la opuesta dirección.

—Niña, dijo entonces Indar con perversa sonrisa, no vamos ahora al palacio real, sino a mi país. Porque yo soy el rey de la India y ando en busca de una princesa para que sea reina de mis estados. Por fin la he encontrado y esa reina serás tú.

(Continuará)

Juego de Niñas

(EN DOS BANDOS)

1. En Ma - drid hay u - na ni - ña que Co - ta - li - na se
2. - - - - - dres un vie - jo mo - ro su ma - dre. na re - ne -

Piano

los di - as, de fies. ta su pa - dre la cas - ti -
na que ri - a ha - cer lo que su ma - dre - man.

lla - ma Chi ri vi ri vi mo - re - na chi ri vi ri - vi ro - sa - da. Supa -
ga - da Chi ri vi ri vi mo - re - na chi ri vi ri - vi ro - sa - da

ga - ba Chi ri vi ri - vi mo - re - na chi ri vi ri - vi ro - sa - da. To - dos
da - ba Chi ri vi ri - vi mo - re - na chi ri vi ri - vi ro - sa - da. Por - que

HISTORIA GRAFICA DE CHILE



237. En 1723 el Mapocho se desbordó repentinamente causando grandes daños en la ciudad capital. Al año siguiente, un fuerte temblor derribó muchas casas. Pero todo no fué sino el preludio de más grandes calamidades que debían caer sobre Santiago algunos años más tarde, en 1730.

238. La capital ostentaba entonces muchos nuevos edificios que eran el orgullo de las principales familias. De pronto, el Sábado 9 de Julio, entre una y dos de la mañana, la tierra empezó a moverse por espacio de quince minutos. Pero a las cinco otro espantoso temblor echó por tierra la ciudad.

233. Los beneficios del gobierno de Cano de Aponte no fueron sólo de orden material, sino también abarcaron el orden espiritual. Protegió a los franceses que se habían quedado en Chile, reconociendo en ellos a maestros de cultura, y fundó el monasterio de las Capuchinas.

234. Cuarenta años duraba ya la paz con los araucanos. Estos habían civilizado bastante sus costumbres: no martirizaban a los prisioneros y los conservaban para pedir rescate o para aprovechar su trabajo. También compraban telas para vestirse y herramientas para sus campos.



235. Cada fuerte español era un verdadero centro de comercio; pero los comerciantes abusaron de tal modo en sus negocios con los indios, que éstos acabaron por sublevarse. Cano de Aponte los aplacó abandonando todos los fuertes que estaban más allá del caudaloso río Bio-Bio.

236. También se abandonaron las misiones y los indios tuvieron el completo dominio de sus tierras. Sin embargo, al retirarse los Padres misioneros, cruzando el territorio sublevado, ninguno sufrió nada de los indios y los caciques respetaron las iglesias y sus ornamentos.

239. No hubo desgracias personales, porque el primer sacudimiento sirvió como de aviso; pero la gente tuvo que vivir en las plazas y calles. Para colmo de tribulaciones se descargó una lluvia torrencial que duró todo el día y el Mapocho estuvo a punto de vaciar sus aguas sobre las ruinas.

240. En Concepción la catástrofe fué mucho peor. Junto con el terremoto, las aguas del mar se salieron cuatro o cinco veces por sus calles, dejando sepultado en ruinas a los que no pudieron sacarse. Llenos de espanto, los habitantes confesaban a gritos sus pecados para apartar el castigo de Dios.



RECUERDE: Arnolde Wrenn, uno de los más importantes armadores de Singapore, ofrece en venta al capitán Martín Galt, un viejo bergantín, llamado "Lucy M", y que había pertenecido al pirata Barry Lark, quién fué muerto por su tripulación. Galt que necesitaba un buque para reanudar sus operaciones interrumpidas, acepta la venta, con la condición de dar un 50 % a Wrenn, en caso de encontrar el tesoro que buscan en el barco. Hip Sing que se interesa también en la compra del "Lucy M", se acerca a Galt, y...

CAPITULO III

El chino sonrió levemente y alzó los hombros con un gesto despreciativo.

—Debo pedirle disculpas, capitán Galt, dijo amablemente. Mis hombres le han tratado a usted con más brusquedad de lo que yo hubiera podido desear.

—Supongo que usted me dará alguna explicación de lo ocurrido, replicó Galt. Siempre me acordaré de esto.

Los ojos de Hip Sing parecieron achicarse, pero pudo dominarse y volvió a sonreír. Cerca del chino se hallaba un hombre de grandes bigotes y mala mirada, con los dos pulgares metidos en su ancho cin-

to de cuero. A cada lado de Martín Galt, que no estaba atado, había un robusto oriental listo para sujetar al marino, si éste intentaba moverse. Lentamente, Martín Galt dejó relajar sus músculos. Por el momento no podía hacer ni intentar nada y tenía curiosidad por saber qué se pretendía de él, mientras en su fuero interno se prometía que Hip Sing se arrepentiría siempre de haber procedido así. Llevó la mano al bolsillo para sacar tabaco y armó un cigarrillo fijando en la cara del chino sus ojos grises.

—Tuve la idea de que usted no vendría a verme si yo lo hacía llamar, dijo el chino. Y como el asunto era imperativo, me tomé la libertad de asegurar su asistencia.

Señalando con un ademán al hombre que se hallaba a su lado, añadió:

—Este caballero es Geldón, de quien supongo usted ya debe haber oído hablar durante su reciente entrevista con el honorable señor Wrenn.

—¿Y qué? dijo Martín Galt. Hip Sing se inclinó hacia adelante y prosiguió:

—Esta tarde usted compró el bergantín Lucy M. Le ofrezco por él lo que usted ha pagado, más un diez por ciento de bonificación. Es

un lindo negocio en un solo día, capitán Galt.

—De modo que a usted también le ha picado el bicho del tesoro de Barry Lark, ¿eh? dijo Galt. Pero es claro que en el Lucy M. no hay absolutamente nada.

—Yo tengo mis razones para creer lo contrario, replicó Hip Sing. Todo es cuestión de tiempo y de realizar la búsqueda con otro método. Pero todo esto es aparte. Yo le he hecho una oferta.

Los ojos de Martín Galt, adquirieron la dureza de acero.

—Usted debería conocerme mejor Hip Sing, dijo tranquilamente. Ya hemos chocado una o dos veces. A usted no le vendería absolutamente nada. En primer lugar, el hecho de haberme golpeado y traído aquí por la fuerza, es suficiente para echar por tierra cualquier cosa que se pudiera convenir entre los dos. Y en segundo lugar, he hecho un trato con el señor Wren... y yo siempre cumplo lo convenido.

Hip Sing examinó sus bien cuidadas uñas y frunció ligeramente el entrecejo.

—Usted ha sido un loco Galt, repuso ligeramente irritado, y ya he perdido mucho tiempo hablando del Lucy M. Si usted rechaza mi ofrecimiento, usted nunca podrá hacerse a la mar con él, o tal vez me apoderaré del barco mientras esté navegando. Y en alta mar se puede ocultar muy bien un secreto...

Martín Galt se echó a reír.

—¡Váyase al diablo! dijo, una vez en el mar yo le doy a usted toda la ventaja que quiera y lo sobro de lejos.

—¿Es su última palabra?

—¡La última! salvo que todavía

tendré que decirle algo en otra oportunidad y en otro sitio sobre el chichón que tengo en la cabeza, y como usted sabe yo, cumplo mis promesas.

El chino se encogió de hombros. Era una verdadera potencia en aquella isla y las amenazas no le preocupaban. Muchas veces los que formulaban amenazas desaparecían misteriosamente. Sin embargo, Martín Galt era un hombre distinto. Hip Sing reflexionó un momento, sintiéndose levemente incomodado. El marino tenía cierta fama y había realizado dos o tres cosas notables. Se decía también que era un gran tirador. Tal vez sería mejor sacarlo del medio en seguida.

—Muy bien, dijo finalmente Hip Sing. Como dicen ustedes los hombres blancos, el funeral será para usted. He tratado de arreglar las cosas tranquilamente, porque aquí estamos en Singapore y no en las islas, y la administración se pone a menudo muy curiosa. Pero el Lucy M. no saldrá del puerto hasta que yo le haya dado mi consentimiento.

Galt se levantó y se acomodó tranquilamente.

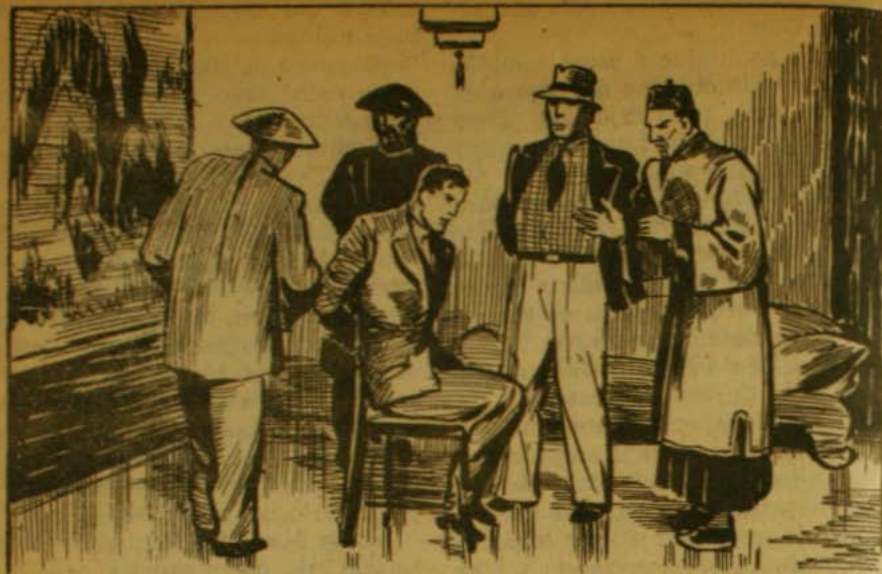
—¿Nada más? preguntó.

Hip Sing bajó la cabeza e hizo un ademán. Los hombres que se hallaban al lado del marino lo sujetaron tomándolo de los brazos, impidiéndole resistirse.

—Un momento, Galt.

Galt se quedó mirando al chino Hip Sing; hizo un movimiento indicando que le disgustaba la interrupción, pero no hizo ningún comentario.

—¿Por qué no hacemos un trato? sugirió el llamado Geldón que hasta entonces había permanecido en silencio. El tesoro es considerable y



Este caballero es Geldón...

podemos fácilmente repartirlo entre los tres. Usted, Hip Sing y yo. La clave de todo el asunto está en el Lucy M. Si hubiéramos tomado vivo a Barry Lark...

Se contuvo y corrigió:

—Si Lark hubiese podido pronunciar algunas palabras más. Pero no habló y ahora no sabemos nada. Pero si los tres nos uniéramos para realizar una búsqueda prolija. Podríamos deshacer el buque pieza por pieza.

—Lo siento, replicó Galt, pero ya les he dicho que tengo un convenio con Wren. Y aunque ustedes no me crean les aseguro que ese tesoro misterioso no me importa un pito. He comprado el Lucy M. porque lo necesito para dedicarme al comercio legalmente.

—¡Maldito sea! rugió Geldón con violencia.

Hip Sing tuvo que contenerle.

—¡Basta! ordenó.

Y hablando en su idioma a los chinos que custodiaban a Martín Galt, les dijo:

—Llévenlo. Y al amanecer, cuando las calles queden desiertas, sáquenlo de en medio. Un cadáver más en el puerto no querrá decir nada.

Si Martín Galt no alcanzó a comprender las palabras, entendió su significado. Con una enérgica sacudida se libró de los dos hombres. Uno de los chinos cayó al suelo con la mejilla sangrando, el otro se dobló en dos al recibir un puño de hierro que le golpeó el estómago. Hip Sing dió unas palmadas cuando Galt se precipitaba hacia la puerta, pero tropezó con otros dos chinos que acudían en aquel momento.

(Continuará)



TORTA DE LUCUMA

Seis yemas se baten como para bizcochuelo y se le agregan tres cucharadas de leche cruda. Aparte se bate media libra de mantequilla con media libra de azúcar flor, hasta dejarla como espuma. Entonces se le agregan las yemas con la leche. Las claras se baten como para merengue y se le agregan media libra de harina mezclada con dos cucharadas de polvos Imperial. En seguida se agrega esto a lo anterior.

Este hermoso encaje se hace con trenclilla inglesa, de la que hay en diversos anchos y colores, gruesas y finas, con o sin orilla cañada.

Para este motivo se ha utilizado trenclilla fina y angosta.

Tratar el diseño sobre tela encerada de Inglaterra, con tinta china, cuidando de colocar la tela de manera que la parte barnizada se encuentre sobre el original, para poder dibujar sobre el lado mate, único que toma la tinta.

Cuando se tiene la trenclilla hilvanada se toma un hilo muy fino, y se fruncen todos los ángulos redondos con puntadas invisibles, encima del borde de la trenclilla, con objeto de que desaparezca el sobrante de éste, quedando solamente el ancho que requiere el dibujo.

Una vez hecho esto, se une toda la trenclilla con barretas festoneadas con picot.

Para hacer dichas barretas utilizar algodón mercerizado N.º 30 y proceder como sigue: pasar de una orilla a otra de la trenclilla dos o tres hilos y cubrirlos con punto festón. Este punto se comienza de izquierda a derecha, se forma una lazada, sosteniéndola con el pulgar izquierdo y puesto fuera de los hilos tendidos. La aguja pasa por debajo de los hilos y sale por encima de la lazada, se tira la hebra cuidando que el punto no arrugue los hilos. Así sucesivamente se van dando todas las puntadas muy juntas.

Cuando se tiene la mitad de la barreta cubierta con dichas puntadas, formar el picot; para ésto, dar dos o tres vueltas con el hilo alrededor de la aguja y sujetar el hilo con el pulgar izquierdo. Dar vuelta la punta de la aguja hacia la barreta y pasarla a través del último punto festón. Queda de esta manera hecho el picot.

Los huecos que quedan entre el diseño se rellenan con punto de tul simple. Este se hace en idéas y vueltas dando puntadas de festón bastante flojas, para formar una lazada, dentro de las cuales se introducen las puntadas de la hñera siguiente.

RECETAS

Este batido se pone en un molde untado con mantequilla y se pone al horno de calor regular por espacio de una hora más o menos. Una vez fría, se parte por la mitad y se rellena con la siguiente crema de lúcumas: Se pasa la lúcumas por un cedazo y teniendo una libra de esto se agrega a un almíbar de punto espeso, hecho de una libra de azúcar. La torta se cubre con merengue, decorándola con éste y poniéndole encima dibujos hechos con gotas de chocolate o avellanas tostadas.

EL HERMANO MAYOR



RECUERDE: Una viuda, vendedora de frutas, cae enferma y cuando se siente morir llama a sus hijos a la cabecera de su lecho y revela a los dos mayores, Julio y María, que la hermanita menor, Elena, es sólo hija adoptiva. El verdadero nombre de la chiquitina es Elena Camerau. Cuatro días más tarde muere la viuda y Julio se hace cargo de la casa. Para mantener a sus hermanitos sigue trabajando en la misma profesión de su madre, aconsejado por el buen frutero don Esteban. Y así transcurre el tiempo.

CAPITULO II

El primer golpe

Los días Domingos después de doce, salían a pasear juntos, visitaban la Quinta donde admiraban las vidrieras del Museo de Historia Natural, o alcanzaban hasta el cerro San Cristóbal para contemplar llenos de entusiasmo las diversas especies de animales del Zoo.

Regresaban un poco cansados, pero con el corazón regocijado y con las pupilas llenas de hermosas imágenes. El día siguiente los sorprendía a todos con el ánimo dispuesto para seguir trabajando, Julio con su negocio de frutas, María con sus quehaceres caseros y los dos más pequeños cumpliendo con sus deberes escolares.

Y así la vida de los cuatro huer-

fanitos se deslizaba regularmente y apacible. Pero como en esta vida nadie está libre de sufrimientos, el destino les tenía preparado ya su parte de penurias.

La vida de los cuatro huérfanos transcurría apaciblemente, Julio, no sólo ganaba dinero con el negocio de las frutas, sino que, aprovechando el banco de zapatero de su padre y las herramientas del oficio, se ganaba también unos buenos pesos arreglando los zapatos gastados o rotos de los habitantes del conventillo.

La existencia de esta pequeña familia de huerfanitos, tan tiernamente unida, causaba la admiración de todo el pequeño mundo de los alrededores y cada cual trataba de servir en algo al esforzado muchacho que manejaba su hogar con más cordura y sentido de la responsabilidad que muchos dueños de casa en la madurez de sus vidas.

Pero había uno que no miraba con buenos ojos a Julio. Era Juanico Cancino. Juanico Cancino había pasado ya la treintena y vivía solo en un cuarto que estaba ubicado en el extremo del corredor, cerca de la escalera que conducía al fondo del patio.

Este hombre tenía dos vicios capitales y, sin duda uno era consecuencia del otro: tenía el vicio de la embriaguez y de la pereza. No ejercía ninguna profesión definida y, tal vez para que los agentes de policía no lo llevaran preso por vago, solía algunas veces vender periódicos y otras veces ejercía accidentalmente el oficio de pintor de brocha

gorda. Para esto último le bastaba, como herramientas, un tarro parafinero, una porción de residuo de carburo quemado y una gran brocha de pelos malos.

La antipatía que este individuo poco recomendable profesaba a Julio Alday, había nacido en cierta ocasión en que Cancino trató de inducir al muchacho a cometer un robo en el almacén de la esquina. Julio había rehusado indignado aquella insinuación y el vicioso borracho profirió contra él los insultos más soeces y hasta tuvo la osadía de amenazarlo. Julio había contado a su madre lo ocurrido y la viuda recomendó a su hijo que tratara de esquivar siempre la presencia de aquel mal sujeto y no cruzara jamás ninguna palabra con él. Julio había seguido al pie de la letra las recomendaciones de su madre.

Julio y su hermana María trabajaban duro y parejo, cada cual en su puesto respectivo y se sentían felices. Chago y Elena contribuían a esa felicidad con las buenas notas que sacaban en la escuela.

Por la noche, después de comida, cuando ya los niños estaban acostados, Julio y María trazaban proyectos para el porvenir, alumbrados por la pálida luz de la lámpara. El muchacho tenía ambiciones, soñaba con instalarse con un negocio "fijo" para llegar a ser lo que era don Esteban; María, que sentía verdadera pasión por las flores, confesaba sus anhelos de verse dueña de un puesto de flores como los que había visto muchas veces en la fragante y deslumbradora pérgola de San Francisco, en plena Alameda.

Todo iba viento en popa, hasta

que llegó el invierno con su cortejo de lluvias, ventarrones y fríos intensos. Elenita, como una florecilla delicada había caído enferma y se vió obligada a guardar cama y a faltar a la escuela. Hacía cuatro días ya que la tos no dejaba a la pequeña Elena, cuando, un Domingo por la mañana, Julio y María se sintieron terriblemente inquietos. Elenita empezó a toser interrumidamente con una tos ronca, seca, se llevó las manos a la garganta, su carita se puso morada y parecía que se iba a ahogar.

—¡Dios mío, esto es más serio de lo que creemos! exclamó el niño, mientras María enderezaba en la cama a la hermanita adoptiva.

—¡Hay que ir en busca del doctor, ahora mismo! respondió María. ¡Anda, Julio, mientras yo preparo una tisana de hojas de eucalipto!

Comprendió que la situación no admitía dilaciones, Julio tomó su sombrero y salió corriendo en busca de un médico. Por fortuna el muchacho conocía al médico que había asistido a su madre en la larga enfermedad que la había llevado a la tumba y se dirigió a casa de ese médico.

No lo encontró. ¡Era día Domingo! Entonces se le ocurrió pedir consejo al carabinero de la esquina. El carabinero sacó una libreta de notas y después de hojearla, dió al muchacho la dirección de un médico. Era la dirección del médico de ciudad.

Esta vez Julio logró llegar a su casa con el médico. Al primer golpe de vista, el médico reconoció la naturaleza del mal que aquejaba a la pobre pequeñuela.

—Niño, tu hermanita tiene la



Mira hacia abajo, y distingue una hermosa cartera de mujer.

membrana, declaró. Hay que arro-
parla bien al momento y en seguida
hay que conducirla al hospital. Es
lo único que se puede hacer en este
caso porque el asunto es grave. Con
una fuerte inyección de suero se la
podrá salvar. Y sólo en el Hospital
de Niños pueden colocarle esa in-
yección. ¡No hay que perder un mi-
nuto de tiempo! Toma, niño, esta
tarjeta.

El buen médico sacó una tarjeta,
escribió unas cuantas líneas en ella
con su pluma fuente y entregó la
tarjeta a Julio, diciéndole:

—Presenta esta tarjeta en la
oficina del hospital y te atenderán
al momento. ¡Adiós y buena suer-
te!

El médico se marchó sin preocu-
parse de cobrar sus honorarios, que
el niño en su tribulación había ol-
vidado pagar.

Mientras el buen médico daba
sus instrucciones a Julio, María se

había encargado de envolver en un
amplio pañuelo de rebozo de lana,
el afiebrado cuerpecito de la niña.
Poco después, Julio tomó en sus
brazos a Elenita y salió con ella a la
calle. Ansiosamente empezó a mi-
rar a todas partes, sin dejar de and-
dar, para ver si divisaba un auto.
Después de haber recorrido dos
cuadras en dirección a la Av. Ma-
túcana donde estaba ubicado el
hospital de niños, divisó un auto
en una esquina.

Corrió hacia él y llegó justamen-
te en el momento en que subían tres
jóvenes y uno de ellos daba al cho-
fer la dirección de un nombrado
restaurante del Centro. Se conocía
que aquellos tres jóvenes iban en
busca de diversiones. Julio se acer-
có con su preciosa carga y dijo:

—¡Caballeros, por favor, déjen-
me a mí este auto... necesito llegar
rápidamente al Hospital de Niños...
mi hermanita se muere...

En ese instante otro acceso de tos estremecedora vino a corroborar las declaraciones del muchacho. La expresión de los tres jóvenes cambió repentinamente; de alegre que era antes se volvió grave y triste. Uno de ellos abrió la portezuela que ya había cerrado y dijo:

—Yo soy estudiante de medicina, muchacho, y en el Hospital de Niños hay un médico interno amigo mío. Ven, sube aquí con tu hermanita...

El joven estudiante bajó, ayudó a subir a Julio con su carga y él fué a ocupar un sitio junto al chofer. Apenas el auto se detuvo ante la puerta del hospital, el joven estudiante saltó a tierra y condujo a Julio con su enfermita en brazos a la oficina de estadística. Hizo llamar a su amigo médico y cuando éste acudió al llamado, recomendó especialmente a la enfermita.

El interno examinó a Elenita, encarcó las cejas y dijo:

—En efecto, el caso es grave... Pero creo que llega a tiempo. Voy a ocuparme de ella inmediatamente.

Cambiando un rápido apretón de manos con el estudiante, el interno se alejó haciendo llevar a la niña por un practicante. Mientras tanto, la señorita empleada en la estadística anotaba en el libro de registro el nombre de la enferma, el de su hermano y la dirección de la casa. Hecho esto, dijo:

—Puede venir a preguntar mañana por su hermanita. O, si puede, telefónee, mejor... Desde las ocho adelante...

Julio dió las gracias, haciendo esfuerzos para retener el llanto y salió a la calle acompañado del estudiante que le decía:

—No te desanimes, muchacho. Tu hermanita está en buenas manos, no te molestes en venir a preguntar aquí. Mañana pasaré yo por aquí, preguntaré por tu hermanita y te llevaré noticias a tu casa.

El estudiante anotó en una libretita de apuntes la dirección que le indicó Julio y en seguida, subiendo al auto, se alejó en compañía de sus alegres amigos.

Muy conmovido para poder hablar, Julio se había contentado con estrechar en silencio la mano del joven estudiante. Y ahora el pobre muchacho caminaba con la cabeza inclinada, como si el peso de su pena se cargara sobre sus espaldas. Iba pensando en las palabras que debía decir a su hermana María para tranquilizarla e infundirle confianza.

De pronto uno de sus pies tropezó con un objeto blando caído en tierra. Se detuvo y observó el suelo. Allí, junto a sus pies, había una elegante cartera de señora. Era una cartera de hermoso cuero rojizo, con cerradura, brillante como la plata. La recogió y vió que en una esquina la cartera tenía grabado en letras relucientes que, sin duda debían ser de plata, un hermoso monograma.

En el acto decidió llevarla a la comisaría más cercana. Volvió sobre sus pasos y se dirigió a la calle Herrera. Al cabo de un cuarto de hora llegó a la comisaría donde fué atendido por el oficial de guardia. El oficial escuchó atentamente, y no sin sorpresa, el relato del hallazgo de la cartera. No estaba acostumbrado a ver muy a menudo estos rasgos de honradez.

—¿Viste lo que tenía dentro? interrogó al niño. (Continuará)

¿QUIEN RAPTO A HENSON?

CAPITULO VIII



1. La familia Henson, con su amigo Jeff, celebraban con una excelente comida el feliz resultado de la campaña contra los raptos del veterano Bill, sin sospechar que otra tormenta se acercaba.



2. Mientras los Henson y su amigo celebraban el triunfo, un grupo de jinetes, dirigidos por el hombre que había llevado el soplo de lo ocurrido a sus compinches, se dirigía a casa del sheriff.



3. Haciendo irrupción en la oficina de Huxley, el que iba a la cabeza del grupo, exclamó: —Sheriff, bien sabe usted que hay una orden contra Bill Henson, donde se le acusa de cuatrерismo! Debe prenderlo.



4. En efecto, muy a su pesar, el sheriff Huxley tuvo que recordar que había esa orden pendiente, a la cual no se le había dado cumplimiento. Se dirigió, pues, con sus hombres a casa de los Henson.



5. Lo siento, Bill, dijo el sheriff al dueño de casa; pero debo mantenerlo preso porque hay una orden de arresto contra usted. Estos hombres reclaman y yo no puedo desoírlos. ¡Venga!



6. Bill Henson no podía resistir y se marchó muy apenado, aunque Jeff le había dicho que pronto podría demostrar su inocencia. —Esto es un golpe de Soames, no cabe duda, dijo Jeff a Carol Henson.



7. El joven montó a caballo y dijo a Carol y Jim: —Iré a la montaña donde pienso arreglar este asunto. Tengo dos días para demostrar la inocencia de nuestro padre y creo que lo haré. ¡Hasta pronto!



8. Jeff partió seguido de las bendiciones de la joven y del niño que se quedaron rogando por el buen éxito de su empresa que significaría la libertad del padre. Y así iba Jeff por la montaña...



9. Cuando de pronto divisó el negro y amenazante cañón de un rifle, mientras una voz le ordenaba: —¡Arriba las manos o hago fuego! Jeff se detuvo bruscamente, pues sabía que no podía hacer otra cosa.



10. Después que Jeff levantó las manos, el hombre que apuntaba con el rifle le ordenó: —Ahora desmonte usted y mucho cuidado con hacer ningún movimiento sospechoso. Recuerde que puede perder la vida.



11. Sin bajar las manos, Jeff sacó los pies de los estribos y saltó a tierra. Entonces el hombre enmascarado, sin dejar de apuntar bajó de las rocas y se acercó a Jeff. —Suelte el cinturón, ordenó.



12. Jeff Warren se llevó las manos a la hebilla del cinturón para obedecer la orden dada. Pero de repente su mano derecha se alargó con fuerza y el cinturón se enredó en el cañón del rifle.

(Concluirá)

ACOSADO POR LOS LOBOS



Su situación se hizo entonces realmente peligrosa. Los aullidos de los lobos, que en tropel venían hacia él, sonaban cada vez más cerca, y no pasó mucho rato sin que se destacara de la espesura el primero de sus enemigos de refuerzo, al cual siguió inmediatamente el segundo, el tercero, el cuarto y un verdadero ejército, capaz de poner los pelos de punta al hombre de ánimo más sereno. El primer lobo que le había salido al paso, el que había dado la voz de alarma, corría a la cabeza de los perseguidores, cual si fuera el caudillo de sus compañeros, pero una de las veces que Cristóbal volvió la vista atrás, sin dejar de deslizarse vertiginosamente sobre el hielo, pudo observar que cojeaba ligeramente, que vacilaba, que perdía fuerzas, hasta que tuvo que detenerse. Sus compañeros se precipitaron entonces sobre el herido, y en un abrir y cerrar de ojos lo destrozaron entre sus afilados dientes. ¡Menos mal! ¡Su puntería no había sido del todo des acertada!

El festín, aunque escaso para tantos comensales, entretuvo algún tiempo a los enemigos de Cristóbal y huelga decir que éste aprovechó bien la oportunidad. Cruzaba el hielo como si sus patines se hubieran convertido en alas, y en pocos momentos dejó muy atrás a

sus enemigos, pero su satisfacción duró desgraciadamente muy poco. Pronto llegó a sus oídos un rumor que le hizo comprender que los lobos estaban otra vez sobre su pista. Cristóbal resolvió encastillarse entonces en una choza abandonada, que muy cerca de allí había, construída y usada en otro tiempo por su padre; porque estaba persuadido de la imposibilidad de llegar a su casa sin ser atacado por las fieras.

La ventaja obtenida le permitió abandonar el cauce del río, salir a la orilla, abrir la puerta de la choza, meterse dentro de ella y cerrar la puerta en los hocicos mismos de sus feroces perseguidores.

Una vez dentro respiró, creyéndose fuera de peligro. Sí, no cabía duda: los lobos tendrían que convencerse, mal que les pesase, de que por aquella vez se quedaban sin banquete, y entonces se retirarían.

Ya no pensó Cristóbal más que en instalarse lo más cómodamente posible. Luego que hubo afianzado sólidamente la puerta, preparó el combustible necesario, y momentos después se sentaba tranquilamente al calor de dos o tres troncos que ardían chisporroteando alegremente. Sonaban de tiempo en tiempo, golpes en la puerta, prueba de que algún sitiador, más impaciente que los otros, arremetía contra ella en su afán de remover el obstáculo que lo separaba de la víctima que creía ya entre sus dientes, y el concierto



Sus compañeros se precipitaron entonces sobre el herido..

de aullidos era incesante y ensordecedor.

Cristóbal oía claro y distinto el rumor de los pasos de los animales, que husmeando y dando resoplidos rondaban la choza buscando algún agujero que les permitiera meterse en ella. No parecía que los lobos iban a marcharse, pero, de

en marcharse, pero, de pronto, el muchacho se consideraba seguro. Afortunadamente disponía de toda la leña que podía desear. Echó otro tronco al fuego, se quitó los patines, y arrimó a la hoguera sus pies, que principiaban a enfriarse. Ya no lo inquietaban los lobos; no pensaba más que en la ansiedad de sus padres. Pero, ¿acaso estaba en sus manos ponerle término? ¿A qué gastar tontamente los tiros de su revólver si era tan grande el número de los asaltantes?

Cesaron como por arte de encan-

tamiento los aullidos, fenómeno inexplicable que obligó a Cristóbal a aguzar los oídos para escuchar.

¡Figúrense ustedes cuál sería su espanto al ver que un lobo enorme había pasado ya la mitad de su cuerpo por la angosta ventana de la choza! Cristóbal había visto esa ventana desde el primer momento, pero no se le había ocurrido pensar que pudiera ser una fuente de peligro; la había considerado demasiado alta para que sus enemigos lograsen alcanzarla, y excesivamente estrecha para darles paso.

Sin vacilar un instante, el muchacho agarró un tizón ardiendo y, lanzando un grito, lo aplicó con todas sus fuerzas contra los hocicos del audaz asaltante. Este dejó escapar un agudo chillido de dolor y cayó entre los suyos. Otro intentó la misma maniobra y fué rechazado en idéntica forma. Libre por entonces de los primeros enemigos, Cristóbal lanzó por la ventana el tizón

ardiendo, que fué a caer en medio del rebaño.

El efecto de este recurso fué maravilloso, pues determinó la dispersión inmediata de los lobos, al mismo tiempo que llegaban al oído del intrépido muchacho voces humanas, estampidos de armas de fuego y un ladrar furioso de perros, que le parecieron la música más armoniosa y agradable que había oído en su vida, encaramóse en la ventana y vió entonces que en dirección a la choza avanzaba un numeroso grupo de hombres pro-

vistos de antorchas encendidas. Los lobos habían considerado conveniente retirarse. Cristóbal abandonó inmediatamente su refugio y no tardó en echarse en brazos de su padre, que había oído aullar a los lobos y acudía, acompañado de varios vecinos, pensando que su hijo podía estar en peligro.

Muchas otras aventuras han ocurrido después a Cristóbal, pero nunca ha podido olvidar ésta, que recuerda como la más importante de su vida.

FIN



Un cuento corto, por Balleste.

El negrito Chicharrón juega con su nene, al pie de una palmera, acompañado por la jirafa Cuello largo, que es su nurse, y le acompaña en todos los paseos.



De pronto aparece una serpiente con una boca como un buzón, el nene chilla, la jirafa acude y pescándolo con los cuernos por uno de sus picaportes que lleva en las orejas, huye velozmente alejándolo del peligro y dejando a la serpiente con un palmo de narices.

Palmira Ovalle Colombia

PASATIEMPO

El aviso, por *Ciro*.

Roldán, por *Naramó*.



Formar con estas letras el nombre de una hermosa serial que publicó esta revista.

Combustible para locomotoras.
Continente.
Verdura comestible.
Metal.
País europeo.

Famoso poeta griego.
Máquina voladora.
Animal carnívoro.



Charada ilustrada, por *Cheche*



Proverbio-Jeroglífico, por *Armando Roska*.

No hay como un buen escar



1. "Chuchi", disimulando su cojera, de Maticanes órdenes espera, pues ensaya lo mismo aunque esté cojo, y al látigo obedece sin enojo.



2. Los otros perros, que antes tal suceso, ni ganas tienen de roer un hueso, le han hecho una cama muy mullida, en un cajón con paja escogida.



3. Y mientras dos le dan unos herbajos, otro le va soltando los cintajos, para hacerle una cura detenida, al pobre, en la patita dolorida.



4. En la plaza de un pueblo a que han llegado, en ferias, se preparan el tingiádo; Maticanes con otros tres alterna, en la esquina donde hay una taberna.



5. Mal síntoma presenta Maticanes, bebiendo con aquellos haraganes, y los perros, temiendo por sus vidas, deciden ir tomando sus medidas.



6. Se marchan decididos de paseo, llegando hasta el ferriá, que es su recreo. Como "Chuchi" no puede andar ligero, le ayuda en su paseo un compañero.

miento para el arrepentimiento



7. "Chuchi" hace un alto, se detiene un rato, y como es perro de muy buen olfato, dice viendo a los perros: muy felices, noticias me traéis a las narices.



8. Se mete decidido y abnegado, entre gitanos, chicos y ganado; con las orejas tiesas va buscando, algo que va de cerca olfateando.



9. En efecto, don Coces está atado, a un árbol, y es de cerca acariciado, por un gitano que, de sus primores, hace elogios ante unos compradores.



10. Trato cerrado; van a celebrarlo, y "Chuchi" y sus amigos, sin pensarlo, con los dientes rompen las ligaduras. ¡Viva la libertad! ¡Vaya frescura!



11. Se alejan del ferriá; van muy de prisa, y aunque Chuchi cojea, es su sonrisa, una demostración de su alegría. ¡Vaya satisfacción la de este día!



12. En un prado se sientan satisfechos, y a don Coces obsequian con helechos; él recibe el obsequio sonriente, y... ved todos el número siguiente.



Mi Liceo

Mi Liceo: Estas palabras mágicas, yo creo que evocan en todos los hombres la época feliz del colegial. Nosotros, los que todavía nos encontramos en sus aulas, saturando nuestras mentes con el conocimiento de las ciencias, no comprendemos todo lo que esta casa encierra de grande y de noble. Llegamos a ella muy pequeños, con nuestros ojos muy abiertos de sorpresa y nuestros cerebros ávidos de recoger y comprender las enseñanzas de nuestros maestros, y ellos, llenos de amor esparcen a raudales en nuestra inteligencia, la semilla del saber, de la cual nosotros recogemos más tarde los frutos.

En nuestro Liceo se desliza la época más hermosa de nuestra vida, en la que alternan las horas del estudio y el trabajo con las de recreación y descanso. En sus amplias salas escuchamos con atención la voz del maestro y en sus patios llenos de sol nos dedicamos con alegría a los juegos y la charla, que son alimento del cuerpo y del espíritu, poniendo así en práctica aquella sabia máxima griega: "Alma sana en cuerpo sano".

En nuestras horas de abatimiento, cuando la vida se encargue más tarde de golpear-nos, recordaremos con cariño al colegio que como a pajarillos extraviados, nos cobijó

bajo su alero, como un segundo hogar, y con qué agradecimiento y afecto recordaremos a los buenos y abnegados maestros que han cultivado nuestras mentes, abriendo ante nuestros ojos la puerta maravillosa del saber.

Cuando terminemos nuestros estudios, todos los que hoy formamos la gran familia del colegio, nos separaremos para seguir cada uno el rumbo que la vida le haya fijado, pero iremos por el mundo aplicando los conocimientos y luchando con las armas que aquí nos hallan dado, y aunque los caminos sean distintos, siempre tendremos ese lazo de unión que nada podrá destruir o romper; los años pasados al calor de esta vieja casona, compartiendo juegos y estudios, dando las mismas lecciones y escuchando las enseñanzas de los maestros.

Cuando la vida nos aleje, no debemos olvidar estos años transcurridos. Todos nuestros actos deberán hacer honor al colegio.

Tendremos que saber ser útiles a la patria, a la sociedad y a la familia. Tenemos el deber sagrado de responder ampliamente a las esperanzas que cifran en nosotros nuestros padres y maestros y, sobre todo, no debemos olvidar jamás al colegio, y cuando ya hombres, al pasar por su puerta, sintamos las risas de los niños de otra generación que se preparan para el porvenir, dediquémosle un recuerdo cariñoso y tengamos una palabra de gratitud para los maestros, y cuando veamos flamear sobre su techo la bandera de la patria, elevemos nuestro espíritu para dar gracias al Hacedor por habernos hecho nacer en esta hermosa tierra, y sepamos ser dignos de nuestros padres, de nuestros maestros, del Liceo y de la Patria.

ALVACO



El invicto equipo de la división intermedia del Colegio "Hispano-Americano" campeón de la competencia inter-escolar organizada por la Universidad Católica.

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de \$ 200
 5 " " " 100
 10 " " " 50
 Cortes de casimir.
 Baterías de cocina.
 Medias.
 Suscripciones semestral a
 "EL COLEGIAL".
 Pelotas de futbol.
 Chombas.

Bicicletas para niños y niñas.
 Radios.
 Zapatos para niños.
 Tazas de porcelana.
 Calcetines.
 Juegos de Té.
 Muñecas.
 Una máquina fotográfica marca
 "Brownie Junior 620", obsequio de
 la casa "KODAK".

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140

CORRESPONDENCIA



Jáss.— Buenos sus dibujos, se publicarán oportunamente.

Aguila Negra.— Muy bonita su poesía, se publicará. "El ruego del niño" está entregado para aparecer en el número 33.

H. Abet.— Buenos sus dibujos, pero tiene que cambiarse pseudónimo porque hay un colaborador "Ciro". Aceptado.

Tío Atilio.— Buena su poesía y dibujos, se publicarán en su oportunidad.

Julio González Rojas.— Los dibujos se hacen en cartulina blanca y con tinta china negra.

Josary.— Buenos sus dibujos.

Raúl Alvarez.— Esperamos nuevas colaboraciones tuyas.

Nachi.— Aceptado como colaborador de "El Colegial", buenos sus dibujos, se publicarán.

Harán.— Excelentes sus dibujos para "Mi charla de hoy" y jeroglífico, se darán pronto.

Hahuey.— Trataremos de complacerle publicando algunos de sus jeroglíficos, lo más pronto posible.

Balleste. (Colombia)— Muy buenos sus dibujos, se publicarán a la brevedad posible. EL SECRETARIO

SOLUCIONES DEL N.º 29

Pirincho, por Flecha.— Pato, Italia, Rama, India, Nuevo, China, Harina, Olmo.

El Indio, por Chief.— Inglaterra, Naranja, Dirigible, Indico, Olivia.

Jeroglífico, por Briosen.— Almidonado.

Jeroglífico por Tío Atilio.— Autorizado.

PREMIOS DE LA SECCION PASATIEMPOS

Mercieron premios de \$ 5.—: Flecha, por su dibujo "Pirincho" y \$ 5.— a Chief, por su dibujo "El Indio".

Habiendo llegado muchas soluciones exactas se sortearon tres premios, correspondiendo: \$ 5.— a Cristina Ceballos King, Jofré 365, Santiago; \$ 5.— a Adriana Riquelme, Sotomayor 471, Santiago; \$ 5.— a Huguette Barrandeguy, Castro 237, Santiago.

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA
EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

CUPON N.º 21

SUSCRIBASE A

"EL COLEGIAL"

ASEGURANDO ASI SU NUMERO
PARA LA COLECCION.

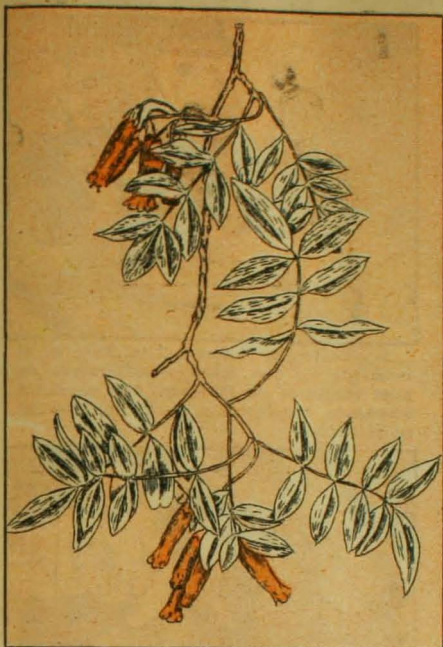
Oficinas Díez de Julio 1140.—Santiago.

\$ 50. al Año.

\$ 25 medio Año.

Puede llamar al teléfono 85152 para que pasen por su casa por el valor.

Los que se suscriban en el mes de Noviembre, por un año, se les regalará la colección desde el primer número.



EL BEJUCO

CAMPSIDIUM CHILENSE REISS

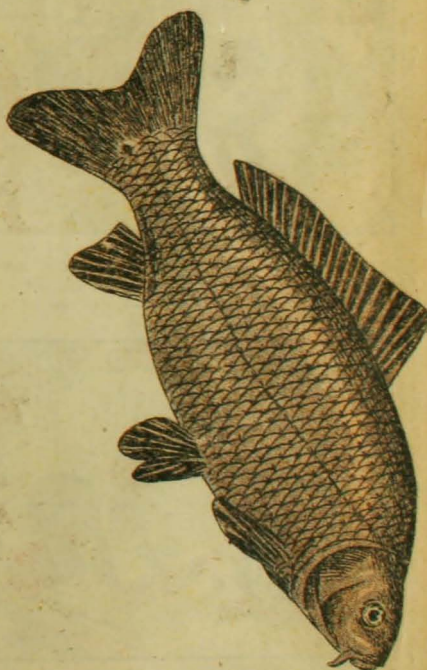
El bejuco es el único representante de este género *Campsidium*. Es un arbusto con hermosas flores lacres, que por el vulgo es llamado comunmente pipilvoqui. Es un adorno de los bosques de la cordillera de la Costa, y abunda entre los paralelos 37 y 50. Alcanza varios metros de altura y su corteza es cenicienta y arrugada. Las hojas son opuestas; las hojuelas oblongas, dentadas hacia el ápice. La inflorescencia es un racimo de 4 a 8 flores, las que se encuentran opuestas a lo largo del eje principal; son de color carmín.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

LA TRUCHA

CYPRINUS CARPIO

Es un pez de agua dulce de distribución universal; se encuentra fácilmente en toda clase de agua, corriente o estancada. El cuerpo es ovalado, comprimido y atenuado hacia la cabeza y la cola; en la parte exterior terminal de la cabeza, se encuentra la boca, provista de dientes pequeños, dispuestos en tres filas. A los lados de la cabeza, se encuentran los ojos sin párpados. En el borde dorsal, se vé una sola "aleta dorsal"; presenta también aletas pectorales, aletas pélvicas y la cola termina con una aleta caudal. El cuerpo está cubierto de escamas. La fecundación es exterior, o sea que el macho vierte su fluido seminal en la masa de huevos que la hembra expulsa.



TITA Y PERIQUÍN



1. Tita y Periquín habían inventado un nuevo juego que consistía en chocar una nuez con otra, ambas pendientes de un hilo, mientras el Nene jugaba a las bolitas en el suelo.



2. Le tocaba chocar a Tita. Pero en el momento en que lanzó violentamente su nuez contra la de Periquín, éste se sintió empujado bruscamente y recibió la nuez en la nariz.



3. Al volverse se encontró con el cantante Chatolín que le decía mostrándole una pesada pifa: — ¡Choca, compañero! Periquín se quedó desconcertado con la burla de Chatolín.



4. Pero de pronto el caballero que leía el diario resbaló sobre las bolitas que había dejado el Nene y sin querer pegó un puntapié a Periquín y éste pegó a su vez contra la pifa.



5. La pifa saltó por los aires a gran altura y cuando cayó de nuevo lo hizo sobre la cabeza de Chatolín dejando al cantante más chatolín que nunca. Mientras tanto el caballero...



6. ...Se metió la mano al bolsillo y le dió un peso para hacerse perdonar su involuntario puntapié. Periquín y Tita se fueron felices a comprar un peso de ricos chocolates.